Cuando estaba en la escuela secundaria, estaba en una clase para los estudiantes que son buenos lingüisticamente. Este clase tenía un aula en el sótano de un edificio que podíamos utilizar. El aula no era grande; tenía delante un escenario hecho con madera, una pizarra y a los lados había estanterías que llenaban la paredes. Tenía unos clases allí, como clases de francés, pero lo más importante es que podíamos estudiar allí después de terminar las clases. Ahí es dónde empieza la diversión.

La llave del aula la guardaba el director del nuestro clase. Era muy amable, y cuando nos prestara la llave, nos la prestaba sin dudas, y solo necesitabamos devolverla el día siguiente. Sin embargo, no había supervisores o profesores allí después de las clases, por eso podíamos hacer lo que queríamos. En el primer año en la escuela, traíamos comida allí para comer y después, jugabamos cartas, *majhong* o juegas móviles toda la noche. El lugar era inadecuado para estudiar, pero nos divertimos mucho.

En el segundo año, teníamos que escribir una redacción de unas 20000 caracteres chinos. El redacctión se parece mucho a lo que se escriben en la universidad, donde tiene un profesor que nos asesora, y teníamos que elegir un tema de investigación que esté relacionado con las humanidades y la sociedad. Teníamos que terminar el ensayo y presentarlo en mayo, y volver a presentarlo en Taipei para más profesores y estudiantes en julio. Para terminarlo pronto, el segundo semestre nos quedamos en el aula muchos noches para organizar los datos, encontrar similtudes, analizarlos y escribir el resulto. El aula se sentía como una segunda casa.

Las días buenas no eran largas. EN el tecero año, se cambió al director, y el nuevo decidió que no podíamos usar el aula tan libremente como antes. No podíamos prestarnos la llave y todas las puertas estaban cerradas después de terminar la clase. Y luego empezó la pandemía, y nunca fui allí después.